

# Cordelia

Volumen 1

Junio de 1913

Número 10

Publicación mensual  
dedicada á la mujer costarricense.

Director,  
José Fabián Garnier

EN este número, en el cual han querido colaborar distinguidas señoras y señoritas costarricenses, era natural que apareciera la fotografía de una mujer de Costa Rica cuyo nombre debe vivir eternamente en el recuerdo de los hijos de esta tierra. Doña ANACLETA ARNESTO DE MAYORGA — según afirma su biógrafo don Manuel de Jesús Jiménez, — fué el tipo más perfecto de la alta dama car-



ANACLETA ARNESTO DE MAYORGA

taginesa, señora la más ilustre de Costa Rica cuyas eximias virtudes perennemente proclaman los setenta enfermos asilados en el Hospital

que ella fundó y las doscientas niñas que reciben instrucción en el suntuoso edificio escolar que ella costeó. Su entereza de carácter—

sigue el mismo ilustre autor—y su inagotable patriotismo sirvieron de fecundísimo dechado así para combatir la execrable tiranía de Carrillo como para rechazar el ominoso yugo de Walker.

CORDELIA, al publicar su retrato hace de ella un emblema de la

patria al cual emblema es preciso amar con amor acendrado y seguir, entusiastas, por los senderos que ella, en vida, recorrió radiante de alegría.

# CORDELIA

Publicación mensual dedicada a la mujer costarricense

## SUMARIO del número 10

Anaclea Ernesto de Mayorga (con retrato) .....	La Dirección
Mujeres ideales: Gabriela Wszniewska .....	Celia Madrid
La leyenda de las rosas blancas .....	María Isabel Carvajal
Nuestra frivolidad .....	Celia de García
A mi madre .....	Lita Chaverri
Fué una tarde inolvidable .....	Austelina Salas
La felicidad del hogar .....	Hortensia Barahona
Crepuscular .....	Angela Baldares
La voluntad .....	Angela Acuña
La sonrisa del ídolo .....	Lydia Foster

## Mujeres ideales

### Gabriela Wszniewska

«Todos los razonamientos de los hombres no valen lo que un sentimiento de mujer».

VOLT AIRR

La simpática dama francesa cuyas ideas y sentimientos vienen hoy como brisa perfumada a refrescar nuestra mente, es la fundadora y presidente de la «Alianza universal de mujeres para la paz». Su vida de virtudes es una cadena formada de eslabones de oro, porque cada uno de ellos constituye un sacrificio. Se ha preocupado por declarar guerra a la guerra y arrastrada por un ideal tan noble no retrocede ante ningún obstáculo; su delicado pie adormece las ortigas y su falda nunca se prende de los espinos que encuentra en la vía hermosa que recorre. Apesar de las grandes dificultades con que ha tropezado, empieza a ver convertidos en preciosos olivos de paz la buena semilla que ha sembrado: el primer congreso

internacional de mujeres para la paz, que tuvo lugar en París, es crepúsculo de aurora que anuncia un día de paz universal. Cuéntase que las espartanas adornaban las cunas de los niños con flechas y dardos; y en el congreso de que hemos hablado, damas elegantes y cultas a quienes estamos unidas aun sin conocer, piden que en los juguetes de los niños nunca se vean soldados, cañones ni fusiles. De los muchos discursos que pronunciaron las señoritas allí reunidas, son cautivadores los siguientes párrafos de la alemana Lina Morgens-tern:

«Estamos unidas no solo para esparcir las ideas pacíficas, para sustituir el arbitraje por la guerra, para cicatrizar las heridas abiertas por la brutalidad de los combates feroces, sino para inspirar a nuestros hijos, a las generaciones futuras sentimientos de benevolencia. So-

mos entusiastas de una idea noble de la cual depende el progreso de la moralidad y de la verdadera civilización del género humano. Como guardadoras del hogar, educadoras de la infancia y colaboradoras de la obra social, debemos trabajar por el advenimiento de un porvenir de pacificación universal. Es necesario estudiar los medios más prácticos para la transformación de los impulsos bélicos en ideas de justicia y de bondad».

Noble misión la de la mujer! Como hermana, amiga y maestra, como esposa y como madre, ella infundirá siempre a su paso el horror a la guerra, con su sabia dulzura sabrá demostrar a la posteridad lo que valen los césares y los alejandros, locos a quienes la Historia en sus delirios, sobre el pedestal de la injusticia vanamente dignifica!

La única guerra que debiera ser permitida en nuestros tiempos es la guerra intelectual en tanto que buscamos la verdad. Sin embargo, qué lejos estamos de ello! Se da ensanche a la primera, triunfa la ambición mientras se aniquila a la segunda, se ponen trabas a la libertad individual y el pensamiento queda arrinconado, revoloteando en nuestro cerebro sin que se le permita siquiera asomarse indiscreto a nuestros ojos, mientras lucen los cañones en las cumbres, se atestan de criminales las cárceles y lo peor quién creyera! como diversión de primer orden a la cual asiste selecta y religiosa sociedad, se alaba al torero que con sangre fría clava agudas banderillas a un pobre animal, o ya se presencia entre risas y silbidos los últimos lamentos de aquel hombre que espiró por divertir a un círculo degradante que se complace en la crueldad. Y se invierten su-

mas considerables en esto, y se construyen palcos para todas las castas sociales, y agítanse los vuelos de muselina y encaje, adorno de marmóreos brazos, al aplaudir al torero que triunfó...

En esos torneos descabellados, cuyos estrados no debía nunca pisar el pie femenino, sí se admiten señoritas; pero no vayan éstas a solicitar permiso para ver la gimnasia intelectual de un congreso... qué ridiculez! qué estúpida es la mujer que pretende llevar su inexperta pluma a un periódico! Qué repugnancia, exclaman las candidas *violetas*, que aunque humildes se envuelven en tules y pasamanerías!... Y aquí, en Costa Rica, en donde no somos más que cuatro! Como si la moral, las ideas y los sentimientos hubiera que irlos a buscar a Londres o a París. No se convencen de que esas cosas, por lo mismo que son superiores y abstractas, no tienen patria, no tienen sexo ni tienen edad.

Ojalá que nuestro pueblo algún día llegue a comprender las cosas como son. No le dará miedo ni le preocupará encontrar una mujer que piense y sí se indignará al oír aquellos entonces lejanos ecos de los gritos que lanzaba en las fiestas al presenciar la barbarie y al recordar el honor que en esos tres días tributaba a Baco.

Sigamos ejemplos como el de la princesa Wszniewska, en pro del adelanto.

Los hombres de mañana se reirán irónicamente de los años actuales.

CELIA MADRIZ \*

\* Dulce escritora de Costa Rica, joven e inteligente, quien de seguro si sigue cultivando las letras, tendrá en ellas un puesto valioso.

## La leyenda de las rosas blancas

«El río gusta del mar y yo del pasado».

MARÍA ROBINSON

Hay esta noche sobre mi mesa, un ramo de rosas blancas, pensativas, que languidecen en el bonito jarroncillo pintado de azul, bajo la caricia de la luz eléctrica.

Ha caído un pétalo al pie del vaso, sobre el tapete de seda roja. Si pudiese pintaría el pequeño jarrón y pondría toda mi alma en dar a mis rosas este aire que tienen de flores que piensan y que sueñan en cosas dulces: en rayos de luna que se deslizan suaves como caricias hasta el seno de sus corolas; en la gota de rocío que temblaba en una hoja, gota que una noche sirvió de espejo a la estrella lejana y que otro día apagó la sed de una mariposa de oro. Ah! Pero este pétalo caído!

Hay una belleza tan triste, tan dulce en la hoja blanca que yace al pie de las flores sobre el tapete de seda roja! Pienso al mirarla que es una palabra casta que dijo una de las rosas, la que parece muere de amor, la más lánguida, cuyo centro creeríase hecho de marfil transparente. Está inclinada sobre el pétalo caído: de toda ella se desprende una mirada de profunda melancolía. Habéis visto la mirada que hay en unos bellos ojos jóvenes cuando una esperanza querida cae como un pétalo de la flor del amor? Así es la mirada que brota de esta rosa triste y pálida...

\*  
\* \*

Estas rosas blancas, pensativas, de corolas inclinadas que emergen

entre las hojas verdes, han sido para mi corazón una frase cabalística a cuyo influjo se ha abierto el cofre de mis recuerdos.

Aquí están ante mí...cantándome su Romanza sin palabras; siento su olor a raíz de violeta que es el perfume de los recuerdos dulces.

Soy como esas ancianas románticas que poseen su arca llena de objetos humildes, cada uno de los cuales las hace añorar un momento sentimental de su vida, arca que abren cuando algo del exterior les lleva a pensar en sus tesoros que esconden y ante los que pasan largos ratos extasiadas, sonriendo vagamente como sonríen los que sueñan.

\*  
\* \*

Qué poder tienen las pálidas rosas que sueñan esta noche en el jarroncillo azul? Su perfume blando y sus pétalos sedientos han hecho que las manos del corazón anden ahora por entre mi arca de memorias, revolviendo recuerdos que hace años dormían.

Y con qué ternura los miro aparecer! Aquí están otras rosas como éstas que lucieron hace años en un lindo florero de cristal finísimo el cual tenía la forma de una columna estriada, rosas que María Dolores llamaba «las vírgenes».

María Dolores o Marialó! como cariñosamente la llamaban sus hermanos.

Ahora es ella la que me sonrío a través de tantos años y a la que veo con su carita pálida, sus grandes trenzas de cabello lacio y de color rojizo

cayéndole sobre la espalda y envuelta en su delantal blanco con lunares azules que tanto le lucía! Y junto a ella, el rostro picaresco de Martín y el pensativo de Andrés, mis amigos de entonces... Y soy yo y son ellos los que estamos en una sala espaciosa de altas paredes de las que penden grandes cuadros al óleo tocados por la pátina que la mano del tiempo ha puesto sobre ellos. Flota en el aire el mismo olor a sándalo que se sentía en aquella sala, por la cajita de esa madera que había sobre una consola y en la cual la madre de María Dolores guardaba sus azahares de desposada. Cerca de la caja de sándalo está el gran caracol con el interior nacarado, el que Andrés acercaba siempre a mi oído diciéndome: «Oye el mar».

Qué ha sido de Martín y de Andrés, qué de Marialó?

Hace muchos años si alguien me hubiera preguntado qué había para mí más bello entre todo lo que me rodeaba, yo habría contestado:— «Marialó!»

Ahora pienso que Marialó no era bella, pero a mí me parecía encantadora por su airecillo aniñado que la hacía semejar a una chiquilla, aunque tenía más de veinte años. Envuelta en su delantal blanco, con pequeños ojos azules, delgada, con sus gruesas y largas trenzas que le daban un aspecto romántico y sonriendo, dejando ver sus dientes tan blancos, era tan linda para mí!

Las rosas de mi florero me han hecho recordarla, porque sobre unas rosas así, blancas, dulcemente pálidas, contaba ella una leyenda que su pensamiento gentil y romántico forjara.

Han pasado tantos años desde que la oí que me es imposible repetirla tal como fué relatada.

Mi fantasía, con mucho dolor de mi corazón al no poder recordar, será quien trabajará con los jironcillos que el tiempo ha dejado en mi memoria.

Antes diré que nunca he encontrado otra persona que tuviese una pasión tan grande por algo que no es humano, como Marialó por las rosas. Si alguno de los que creen en la trasmigración de las almas la hubiera conocido íntimamente, habría dicho que el alma de esta doncella había animado en otra vida la corola de una rosa. Cultivaba con una delicadeza inmensa desde el agavanzo humilde hasta las soberbias rosas Gloria de Dijon y Mariscal Ney. Pero cada clase la bautizaba a su gusto, con un bello nombre; les inventaba sus leyendas y lenguaje. De un rosal cubierto de flores, decía que estaba parlanchín y alegre, que le parecía oír las carcajadas musicales de las rosas que se abrían llenas de esperanzas. Si entre ellas sorprendía un capullo con aire de abatimiento y de tristeza, entonces le daban deseos de apaciguar la alegría loca de sus compañeras, de pedirles rodearan de silencio la melancolía de la flor que pronto moriría. A veces también llevaba los capullos tristes o las rosas que se marchitaban, a su vaso de fino cristal para que muriesen oyendo la música suave que para ellos tocaba en el piano. Pobre rosa! murmuraba acariciando la enferma que no se había abierto. Morirá sin haber conocido la dicha! También hay entre las flores, flores tristes como pasa entre los hombres, añadía. Hoy mismo recuerdo de ella, que de noche, mientras la madre, una suave y dulce señora, alta, que vestía siempre de luto y que llevaba puños y cuello de encaje blanco,

tocaba en el viejo piano de cola aires antiguos y Andrés, Martín y yo contábamos cuentos alrededor de la mesa del centro o soñábamos poniéndonos sucesivamente el caracol en el oído, ella conversaba en voz baja, en un rincón de la gran sala con un primo suyo, un muchacho que todavía creo tenerlo delante de mí, con su hermosa cabeza alborotada y su noble perfil. Se amarían?

\* \* \*

Una noche Marialó nos contó la leyenda de las rosas blancas de pétalos sedeños con el centro ebúrneo, leyenda que ella tejió en su imaginación al mirar unas rosas semejantes a las que adornan esta noche mi florero azul.

Siento flotando en torno mío el olor a sándalo que se sentía en una sala que ya no existe; sigo el vals de Waldtenfel que tocaba la anciana señora enlutada en su viejo piano de cola. Veo la figura dulce de Marialó recostada en el piano, envuelta en su blanco delantal de lunares azules y las largas trenzas cayéndole sobre la espalda. La sala alumbrada por la luz temblorosa de una bujía y cerca de la mesa, a Martín con su cara picaresca entre las manos y Andrés recostado en el tablero con el caracol puesto sobre una oreja.

Marialó hablaba:

«En remotos tiempos, en países muy lejanos del nuestro, muchas hijas de nobles señoras no querían casarse y se retiraban a morir en los conventos. La meditación y la vida del claustro las volvían pálidas y lánguidas como aquellas rosas del rosal que enreda en la tapia. En las tardes iban a orar en las grandes

capillas de arquitectura ojival, a las que penetraba la luz por las grandes ventanas de vidrios de colores en los que había imágenes pintadas. Cuando entraban deslizándose como sombras, envueltas en sus amplios ropajes talaes, la luz que se tamizaba por los vidrios amarillos y la que brotaba de las lámparas que velaban la quietud hierática de las imágenes, ponía una nota marfilina en sus tocas blancas y en sus rostros y manos pálidos... Y así, ellas se parecían tanto a mis rosas! He notado que algunas de estas flores guardan entre sus pétalos como un fulgor de luna y al observarlo he pensado en aquellas románticas mujeres, cuando en las noches de luna se asomaban a las ventanas de sus celdas y entrelazaban sus dedos en las rejas, cuyos barrotes plateados por la luz del astro y así adornados semejaban tallos en los que hubiesen florecido jazmines y lirios de nieve. El color que las manos y los rostros de las monjas tomaban a la claridad de la luna era igual al que tienen las rosas que parece guardan entre sus pétalos un rayo argentino. Y el aire de meditación y de tristeza que hay siempre en estas flores aun en la planta y en el día más espléndido? Quizá como se inclinan estas corolas se inclinarían las cabezas cubiertas de tocas blancas de las monjas de alguna orden ya extinta, mientras oraban en las vastas capillas, y el órgano lo llenaba todo con sus voces profundas. Y a mí me gusta pensar que estas rosas son las almas inmaculadas de aquellas vírgenes que hace muchos años murieron contemplando el cielo a través de sus celdas.

Por eso yo llamo a las rosas blancas del rosal que adorna la tapia, «las vírgenes». No véis? Aun vi-

ven en comunidad, en su convento verde, siempre agrupadas y como temerosas.

\* \* \*

Cuántos años han pasado desde que aquella voz, como una hebra de seda color de luna, bordó la fantasía de las rosas blancas! Hace tantos años y se ha deshecho de tal manera que apenas si puedo distinguir una que otra línea.

Y ahora mirando el ramo de mi jarrón, pienso llena de tristeza en la casa en que ellos vivieron y que

ya no existe, en Marialó, en su vaso de cristal siempre adornado con rosas y en su primo de hermosa cabeza. Y Martín y Andrés? Dónde estarán la caja de sándalo que guardaba los azahares de la madre y el caracol grande que tanto nos hacía soñar cuando lo acercábamos al oído?

Un día, qué lejos está ya! los llamaron de su país que queda del otro lado del océano y jamás volví a saber de ellos.

CARMEN LIRA \*

## Nuestra frivolidad

Con frecuencia oímos que se acusa de frívolas a las mujeres. Nuestra superficialidad se satisface en conversaciones sobre trajes, modas, diversiones y otros temas por el estilo. Nos causa un pronto fastidio, la compañía de un hombre serio que nos habla de asuntos científicos, de temas artísticos, de negocios. Todo eso se dice de nosotras. Pero qué hacen los que de frívolas nos acusan para acabar con nuestra frivolidad? Qué oímos a nuestro alrededor, en fiestas, paseos, en todas las oportunidades que se nos ofrece de estar en compañía con los hombres? Cuántos son los que ponen en su charla lo mejor de su inteligencia? Acaso no han llegado á pensar que desde que se hallan á nuestro lado es preciso ser superficiales y vacíos o siempre chistosos? Fiados en que de esa manera son agradables no tienen otra preocupación y se hacen hasta como un deber de cortesía el no tratar en nuestra presencia de cues-

tiones que exijan un alto nivel de cultura, juzgando que tales temas pueden ser conversados y discutidos sólo entre hombres, únicos que pueden comprenderlos. El trato frecuente con hombres de estas opiniones tiene naturalmente que producir su efecto sobre nosotras, así como lo produce sobre el insecto la planta que lo sustenta, y esto por la facilidad con que la mujer se adapta al medio en que se la coloca. Si el hombre se propusiera encontrar en la mujer a su verdadera compañera, la elevaría hasta él o por lo menos tan cerca de él como le fuera posible. Toda mujer procuraría leer y aprovechar las conversaciones de sus amigos, porque comprendería más prácticamente la utilidad y necesidad de hacerlo. El hombre que empleara los ratos de reposo de que dispone en ampliar el horizon-

\* Nombre literario de María Isabel Carvajal, una de las plumas femeninas costarricenses más tiernas y más sentimentales.

te intelectual de la mujer que ha elegido, la haría ganar muchísimo y él se fastidiaría menos en el interior del hogar.

La mujer así preparada será la que pueda comprender las ideas, los proyectos, los negocios de su marido y guiar con éxito a sus hi-

jos. Para ella será un placer grande poder alternar en todas las conversaciones que dan satisfacción intelectual a los hombres cultos y estos podrán estar más seguros de que se les estima justamente.

CELIA CARRILLO \*

## A mi madre

En las horas más tristes de mi vida,  
cuando el dolor con su aguijón me hiere,  
tu palabra a mi espíritu sugiere  
un inmenso valor, madre querida.

Tus consejos son aves mensajeras  
que llevan a mi mente dulce calma;  
fabrican sus hogares en mi alma  
y le cuentan mil cosas placenteras.

Al seguir mi existencia por la vía  
que el destino a sus pasos ha ofrecido,  
es tu imagen el faro que me guía,

es tu amor el piloto que señala,  
aquel puerto de dichas bendecido  
do quieres que mi nave haga su escala,

LITA CHAVERRI M. \*\*

## Fué una tarde inolvidable...

Me rodeaban muchas caras infantiles, alegres y candorosas, agradables todas, pero algunas con la extrañeza pintada en sus ojos enormemente abiertos: se me enviaban muchas sonrisas angelicales, saludos cariñosos, obsequios de estampas, flores y frutas. Todo me lo entregaban aquellas manecitas limpias y temblorosas por la emoción.

No sé qué tienen los niños, pero pareciera que un imán secreto, levantara su cariño, nos acercara a ellos cada vez más y formara de este modo un lazo ideal de simpatías.

El enjambre bullicioso se extendió por los amplios corredores de la escuela, mientras yo, con un placer íntimo seguía escuchando las charlas y risas armoniosas de los pequeños.

Yo conocía ya aquella escuela, pero... por qué encontraba ahora tantos encantos desconocidos? La había visitado con una amiga una tarde, en las vacaciones, cuando el alma de esa escuela estaba ausente, y corría por las campiñas. Y ahora esa alma virginal estaba allí anidando de nuevo dentro de las espaciosas aulas.

Las plantas se inclinaban a impulso de la brisa como queriendo dar un saludo cariñoso á sus pequeños camaradas. Los niños se uni-

\* Hoy gentil compañera del joven escritor Joaquín García Monje, entre las inteligencias femeninas costarricenses es una de las mejor cultivadas.

\*\* Alumna aventajada del Liceo de Heredia endonde obtuvo el título de Bachiller en Humanidades, sigue hoy los estudios de Farmacia. Cultiva con entusiasmo y con éxito la poesía.

rían a ellas desde aquel instante para cultivarlas y protegerlas; esas almas infantiles agitarían en breve sus blancas alas y alejarían de aquel benéfico ambiente todo lo que no fuera armonía y bienestar. Yo regocijada y en silencio me proponía unirme a ellos para impulsarlos, con mi pequeñísima ayuda, a emprender alguna labor provechosa.

Se me designó un grupito encantador y con él pasé a una aula fresca, sencilla y luminosa, que más tarde fuimos adornando poco a poco con flores, pinturas y plantitas. Una vez en ella los niños se instalaron según su conveniencia.

Empezamos una conversación que algunos seguían con descuido mientras unos ojos claros, profundos, vidriosos y casi inmóviles, desde el lugar más apartado de la clase, la seguían, con la mayor atención.

De pronto oí una voz temblorosa que muy cerca de mí decía: «Vea, maestra, yo vengo a la escuela, a aprender a leer y a escribir y a contar y a catecismo.»

Comprendí: era una observación que se me hacía porque no empezaba a darles conocimientos desde aquel momento.

Me volví ligeramente y encontré al lado los ojos claros y profundos que habían llamado mi atención, pero que ya de cerca, tenían una expresión diferente: parecían húmedos de bondad, eran los de un niño, flaco y pálido a quien una grave enfermedad debía atrapar entre sus

garras. Tenía las manecitas frías y temblorosas, pero estaba ávido de saber.

Lo llamé por su nombre, lo acaricié, prometí contarle muchas cosas y lo invité a sentarse cerca de sus compañeritos, como efectivamente lo hizo muy contento.

Pasamos el día conversando agradablemente y en mi interior, a cada rato se iban despertando los recuerdos de mi niñez... Pienso y casi me atrevo a asegurar que el recuerdo de este día no se borrará jamás de mi memoria.

Las promesas que hicimos se han cumplido, el ángel de la dicha nos acompaña siempre y aleja las molestias; la escuela tiene cada día nuevos atractivos y sólo hemos tenido la pena de ver alejarse, después de despedirse limpiando con el dorso de la mano una lágrima furtiva, a aquel enfermito querido a quien visitamos con frecuencia para llevarle cucuruchos de confites y ramilletes de cariño...

Al escribir esto, no sé por qué, un presentimiento horrible le dice a mi corazón que los ojos claros, profundos, vidriosos y casi inmóviles de este niño no volverán a embellecer la alegría de nuestra clase.

AUSTELINA SALAS \*

\* Delicada sensitiva de la ciudad de San Ramón, alumna muy aprovechada del Colegio Superior de Señoritas de esta capital endonde obtuvo el título de Maestra Normal.

**Cordelia** sale en los primeros días de cada mes; la suscripción anual es de un colón anticipado; toda suscripción empieza con el primer número. El suscriptor que consiga dos nuevos suscriptores recibirá de regalo una obra nacional. Dirigirse, para todo lo concerniente a suscripciones, al Director, en Heredia.

## La felicidad del hogar

La felicidad del hogar no es un tesoro que se puede adquirir por un solo medio, por el contrario consiste en una serie de cualidades agrupadas que vienen a formar un conjunto agradable y valioso.

La primera condición debe ser el amor; pero éste solo no basta. Debe unirse a él, la tolerancia mutua. El matrimonio es un eslabón de compromisos y para cumplirlos es necesario sufrir y reprimirse; ésta es la regla más segura para conseguir la completa felicidad en la vida conyugal. Debe tenerse en cuenta que ninguno de los esposos es el ideal perfecto y sin ser ciego para las debilidades del otro, por lo menos las debe sobrellevar con benévola indulgencia.

De todas las cualidades, la buena índole es aquella de la cual se hace más uso y la que produce mejores resultados en la vida doméstica. Unido al imperio sobre sí mismo, el buen humor da la paciencia de soportarlo todo, de escuchar sin replicar, de contenerse hasta que el rayo de furor haya pasado. Cuán verdadero es el matrimonio, en el que una suave contestación detiene la cólera!

Puede haber en el matrimonio diferencia de caracteres, pero es necesario que el espíritu y los sentimientos estén en armonía, es necesario que haya dos almas inteligentes al mismo tiempo que dos corazones amantes.

Del carácter e índole de aquellos que gobiernan el hogar es de donde nace la fuente de bienestar, de tranquilidad y de reposo.

El buen sentido y la cultura empleados para administrar los negocios de la casa, influyen también bastante para que un hogar pueda ser feliz. Para esta organización metódica del hogar, la mujer está llamada a desempeñar un importante papel. Será indispensablemente la administradora de toda una familia y de su casa. Así pues, cuánto debe esforzarse por estudiar y plantear este problema! La felicidad del hogar depende casi exclusivamente de ella, el hombre es simplemente su colaborador...

Cuán feliz va un hombre a su trabajo o a sus negocios y cuán doblemente feliz regresa de él si sabe que sus bienes e intereses, son cuidadosamente manejados y aplicados con sabiduría por una discreta y buena administradora. No considero la riqueza como factor indispensable para ser dichosos, la miseria puede destruir la felicidad; pero la opulencia no puede, por sí sola, proporcionarla.

La casa de un hombre pobre, provista modestamente, con lo necesario para la existencia, presidida por una mujer virtuosa, aseada y económica, tiene todos los elementos para formar un hogar feliz.

La falta de tranquilidad y bienestar domésticos procede principalmente no tanto de la ausencia de recursos pecuniarios, sino de la falta de los conocimientos requeridos para su administración.

Con buen método puede ser dichosa la suerte más humilde; el trabajo y la faena rústica, pueden asociarse a los pensamientos más

elevados y a los gustos más exquisitos.

Una modesta habitación, con orden y limpieza, con la elegancia y belleza de un buen método, es superior a una lujosa morada, donde todo anda en profusión, donde se gasta el dinero sin organizar antes el sistema de emplearlo y donde se concluye por vivir siempre en una atmósfera de disgusto y de malestar.

Una frugal comida, pero bien preparada, satisface tanto como los manjares escogidos.

La suerte de la pobreza está aliada por el buen gusto.

Las distracciones en el hogar son muy necesarias; la música influye favorablemente sobre la moral. Proporciona una fuente de placer a cada familia. Endulza la vida doméstica y extiende sobre ella muchos atractivos.

Las flores también ejercen agradables encantos en los hogares modestos. Una flor del campo, colocada con sencillez artística en la ven-

tana, perfuma el aire y parece traer un rayo de sol y de alegría a la habitación.

Son las flores refrigerantes ráfagas de contento, que vienen como mensajeras de la Naturaleza para hacernos admirar su belleza y su hermosura. Hay en verdad en la Naturaleza muchas cosas de las cuales no gozamos ni en su mitad porque para ellas tenemos cerrados nuestros senderos de sensación y de sentimiento. Necesitamos conocer mejor lo que nos permite gozar de la vida, cultivando el arte de sacar el mejor partido de los medios y recursos comunes para disfrutar de los beneficios que por todas partes están en torno nuestro.

Aprovechando estos medios para ser felices, elevamos nuestro ser y ennoblecemos nuestra suerte.

La felicidad está al alcance de todas las personas; pero el arte de proporcionarla es el difícil; requiere sobre todo, constante estudio.

HORTENSIA BARAHONA S. \*

## Crepuscular

Es la solemne hora del crepúsculo, la hora de las melancolías, en cuyo regazo gusta el alma reclinarse para saborear las dulzuras de dichas pasadas; por los senderos abiertos entre las tumbas de un humilde cementerio marchan lentamente dos jóvenes vestidas de negro, en cuyas fisonomías se retrata el más hondo sufrimiento.

Ambas marchan silenciosas... de pronto, al llegar a una tumba cubierta de flores, una de ellas cae de rodillas depositando, al mismo tiem-

po que un fresco manojito de rosas, violetas y pensamientos, todo el raudal de llanto contenido en su corazón plétórico de amargura.

Su compañera en tanto la contempla silenciosa, cruzada de brazos ante ella, mientras gruesas lágrimas ruedan por sus pálidas mejillas, y una vez terminado tan penoso deber, ambas se dirigen hacia la puerta; ¡a segunda exclama,

\* Señorita de Grecia, provincia de Alajuela, muy entusiasta por todo lo que es intelectualidad.

presa de la mayor desesperación: «tu sabes que aquí yace la persona a quien entregaste tu corazón, y aquí vienes a ofrendar tus flores, y a regar su tumba con lágrimas, y si huyó de tus brazos, fué para caer en los de la muerte, pero yo, desdichada! hace ya tanto tiempo que le ví partir en una tarde como ésta, para otros lugares lejanos, donde otras mujeres le han hecho ol-

vidar la que aquí dejó llorando, la que nunca volverá a ver!»

Y aquellas dos hermanas del infortunio, unidas en estrecho abrazo, abandonan el sagrado recinto, cuando ya la luna riela en el espacio, y sus cuerpos forman una sola sombra en los senderos del cementerio.

ÁNGELA BALDARES \*

## La voluntad

Conferencia leída en el Club Sport La Libertad en la noche del 25 de marzo próximo pasado

Cuando algunos estimables caballeros, miembros de este Club, que es un centro de cultura donde campean la hidalguía y el talento, me dieron la grata sorpresa de anunciarme que se deseaba escuchar una conferencia mía en estos salones, sentí que subía a mi alma una oleada de legítimo orgullo, por aquella distinción tan inesperada como inmerecida con que se quería honrarme, y acepté el delicado compromiso de presentarme esta noche ante vosotros con el sencillo bagaje de mi palabra y de mis ideas, sin reflexionar siquiera en que éstas no podrían alcanzar resonancia alguna en este recinto, donde habéis escuchado otras veces el verbo elocuente de hombres profundamente versados en las ciencias o en la literatura.

Cuando la reflexión me hizo ver lo temerario de mi audacia, tarde era ya para arrepentirme del compromiso con vosotros contraído; y aquí vengo, señores, a cumplir la palabra por mí empeñada, acogiéndome desde luego a vuestra benevo-

lencia, que sabrá disimular la trivial composición de mi discurso y el deficiente caudal de mis ideas; y llena de confianza en la generosa simpatía con que estoy segura de que habréis de escucharme, paso a tratar de un asunto que considero de suma importancia, y que bulle inquieto hace ya tiempo en mi corazón y en mi cabeza.

Este asunto no es otro que el de la VOLUNTAD como elemento de progreso y de adelanto individual y colectivo.

Es la juventud con sus naturales energías; es la esperanza con sus halagadoras promesas; es el deseo de vivir, de vivir mucho para llegar a coronar mis anhelos, lo que me mueve a disertar sobre un tema tan comprensivo y tan amplio, que ha sido mi constante preocupación desde que me fué sugerido por las hermosas enseñanzas de la Historia; y al tratar de él ante voso-

\* Estimable señorita costarricense, miembro del personal docente de esta capital y delicadísima escritora.

tros, estoy cierta de que vuestro espíritu, más experimentado en los combates de la vida que el mío, habrá de hallar justas las aspiraciones de bien humano que llenan mi corazón, y que si llegaran a encarnarse firmemente en el ánimo de todos, harían la vida fecunda, aprovechando para ello los inapreciables elementos de la VERDAD y de la FUERZA.

Vivir, solamente por vivir, sin anhelos, sin aspiraciones, sin llevar en el alma el deseo ardiente de algo grande, sería una tendencia negativa, absolutamente contraria al fin social del hombre. Esto sólo puede concebirse en aquellos seres entregados a mortal apatía o guiados por oscuros impulsos, que no saben sino de lo que la vida les ha regalado y puesto al alcance de su mano.

Vencer dificultades para la conquista del mejoramiento y del bien, cualesquiera que sean las que se nos presenten en el camino; luchar contra intensas amarguras, obstáculos serios, desengaños crueles, eso es digno de nuestra condición de seres inteligentes, que tenemos en el mundo una misión altísima que llenar. Esa misión requiere ciertamente el valor de los héroes; pero sólo de los héroes han hablado siempre con admiración la Historia y la Epopeya. Las virtudes que conducen a ese estado sublime que nos lleva primero al sacrificio y después a la gloria, son bien conocidas, y de ellas haré una enumeración sucinta.

En primer lugar, la resolución firme de no ejecutar jamás, sino el bien, y luego la paciencia para contrarrestar las instigaciones del mal, la fortaleza para empeñarnos en cuanto pueda concurrir al mejoramiento de nuestra condición y de

nuestra vida; la constancia para no desfallecer ante las dificultades que la realización de todo bien lleva consigo aparejadas; el valor, en una palabra, para acometer nobles, generosas y altas empresas, que es lo que nos hace dignos de ocupar el rango altísimo que nos señaló la Divinidad en el conjunto universal de lo creado.

Para buscar una forma gráfica, que me ayude a la expresión clara de mis ideas, permitidme una comparación que se adapta perfectamente a mi objeto. El espíritu humano es como una lámpara encendida, que puesta en sitio donde nada tiene que alumbrar con los rayos de su luz, ni calentar con la fuerza de su calor, se consume y muere, sin objeto y sin fruto. Por el contrario, si esa lámpara la llevamos donde haya tinieblas que disipar, y al mismo tiempo colocamos encima de ella el hornillo de las ideas para extraer de éstas la esencia primorosa que en su seno encierran, el espíritu humano llegará a ser así luz que disipe oscuridades, y calor que fecunde gérmenes de sabiduría. Al hacer esta comparación, tengo en mi abono el ser ella una parábola evangélica.

Vencer todas las dificultades que en nuestro camino se presentan en busca de algo nuevo y grande, en eso consiste la sublimidad de nuestro destino en la tierra, y a cumplirlo debemos hacer que concurren todas nuestras facultades y nuestras energías.

Aun el goce de los placeres honestos, que en los seres sin energía provoca los desastrosos efectos de la molicie, producirían en las almas fuertes el incentivo del mejoramiento a que debe tender sin cesar la humana estirpe. Gozar de

los placeres de una rica mesa, de las facilidades y ventajas que nos ofrece la fortuna, del cariño que encontramos en el seno de la amistad y del hogar, todo eso es bello si lo hacemos concurrir al fin excelso para que hemos sido creados, y no lo limitamos a la satisfacción particular de nuestra individualidad estrecha y efímera.

Quiero decir, pues, que nuestra dignificación en el conjunto social a que pertenecemos resultará únicamente del esfuerzo que pongamos por la conquista del bien y del perfeccionamiento, empleando para ello conjuntamente los inagotables recursos de nuestros placeres y de nuestros dolores.

Debiera decirse, en síntesis, que ese resultado sólo puede obtenerse por la educación de la voluntad, que ha sido el objeto de profundos estudios de algunos filósofos. Voluntad para el bien, para el perfeccionamiento, para arrancar a la Naturaleza sus secretos y a la vida universal sus fuerzas escondidas; voluntad para multiplicar los dones intelectuales y físicos con que nos gratificó la pródiga Naturaleza, y valor para mantener firme el propósito soberano de nuestra voluntad.

Este valor se manifiesta en la Naturaleza en diversas formas. Ya es el valor afectivo del pájaro que defiende su nido, y que en toda la esfera de lo creado se manifiesta siempre en las más altas formas del heroísmo. Pero de éste no hablo ahora porque él es un sentimiento connatural a todo lo que existe, necesario a la conservación de cada especie; pero no a su mejoramiento y excelcitud. Para esto último es preciso otro heroísmo, que no radica en el corazón sino que tiene sus fundamentos en el cerebro.

Cuando María de Padilla recogió la espada que había quedado abandonada al pie del cadalso de su marido, para continuar combatiendo con ella las huestes de don Pedro I, a fin de salvar los fueros amenazados de la noble ciudad de Toledo, no era el amor lo que impulsaba a aquella mujer sublime a emular a los grandes capitanes, en su empresa tan temeraria como heroica; era la conciencia de un deber hacia la fortuna de un pueblo, que poseyó el alma de aquella gran mujer y la ha hecho inmortal.

Cuando Juana de Arco, la campesina de Domremy, movida por una inspiración divina (porque habéis de saber, señores, que es divina toda inspiración que mueve a los espíritus resueltos), se presentó a pedir que se aceptara su concurso para la libertad de la Francia, no la animaba el sentimiento afectivo y limitado del amor a su hogar o a su nido, sino el sentimiento enorme del amor humano, que en ella pudo haber tenido límites de frontera, pero que en la filosofía humanitaria de hoy no podría tener otros límites que los inmensos y no señalados de la tierra.

Y dejando de un lado el valor heroico que conduce a los grandes espíritus a las batallas, tenemos otro género de valor, que no es menos digno que aquel de ser pregonado por las trompetas de la fama.

Es el de los grandes inventores, el de los descubridores, el de los que encerrados en el fondo de su gabinete o desplegadas las velas de su audacia por los horizontes de lo infinito, van al descubrimiento de una verdad oculta o de una tierra ignorada, y mueren en la demanda, dejando a la humanidad por legado

una idea nueva, o una tierra nueva, que son hemisferios abiertos a la futura habitación de nuestro espíritu.

En todos los siglos ha habido esos hombres eminentes que yo me propongo presentaros ahora como ejemplares que debiéramos imitar para que fuera fecunda nuestra misión en la vida. Se haría interminable esta conferencia si de cada uno de ellos me propusiera hablaros, y así me limitaré únicamente a recordar *ciertos espíritus excelsos que en la época más atormentada del mundo político y religioso*,—hace poco más de un siglo,—fundaron las bases de la libertad de la conciencia, y abrieron campos ilimitados al raciocinio y al estudio, rompiendo las preocupaciones, que fueron grilletes de la ciencia y del saber durante una época milenaria.

Quién no recuerda con admiración los nombres de La Métrie, d'Argens, d'Holbach, d'Helvetius, de Raynal, de Ducos, de Diderot, de Rousseau, de Voltaire y de tantos otros que soplando en el horizonte ennublado, hicieron con su esfuerzo aparecer la aurora que hoy nos alumbró?

Y fijaos bien, señores, en que los ejemplos de heroísmo que os he presentado, si bien son muy altos, y hoy se yerguen en las cimas elevadísimas de la historia, no son difíciles de imitar, si nuestra voluntad se empeñara en seguir el rastro luminosos de sus hechos.

Una regla sajona, que es canon

de esa raza vigorosa, que nos marca hoy el procedimiento por el cual se puede llegar a ser dominador del mundo, se expresa como un evangelio en estas cuatro sencillas frases: *I am, I can, I must and I will*, esto es: yo soy, yo puedo, yo debo y yo quiero; y así el hombre que tiene conciencia de su ser, conciencia de su capacidad, conciencia de su querer, y pone su voluntad para la realización de lo que su espíritu ha concebido como posible y como bueno, llegará a las alturas por el cumplimiento de su alta misión sobre la tierra.

He molestado ya bastante vuestra benévola atención, y para no cansaros más debo dar fin a este discurso. Pero antes de terminarlo permitidme que os diga, como síntesis, que el objeto de él ha sido enaltecer ante vosotros el mérito del esfuerzo y de la voluntad, que han sido formadores de los grandes hombres y de los grandes pueblos, que todos podemos con ese esfuerzo realizar hechos que sean para gloria nuestra y para bien de la sociedad en que vivimos, y que el verdadero pecado mortal en estos tiempos es el de la cobardía, la negligencia y el abandono, cuando a todos nos obliga el sacrificio y el esfuerzo para cumplir en la tierra una misión divina.

ANGELA ACUÑA \*

\* Inteligente señorita costarricense en cuyo talento hay muchas bellas esperanzas y también muchas bellas realidades.

## La sonrisa del ídolo

Para Alejandro Bermúdez

Muy temprano, en las mañanas tibias de primavera, iba a mirar el sol llenar de oro el minúsculo gabinete chino. Cómo me encantaban los bustos severos de las emperatrices ante los cuales se erguían delicadas crisantemas en elegantes vasos de porcelana! Como con miedo, de puntillas, repasaba una y otra vez los valiosos dijes de marfil, los tapices de riquísima seda bordados de dragones de colores muy vivos; pero lo que más llamaba mi atención era una pagoda toda dorada, un pequeño templo donde se destacaba un ídolo horrible de estúpida sonrisa.

Mi pensamiento iba entonces al Oriente, a las tierras misteriosas de los grandes arrozales, de las caras amarillas que fuman opio! Cómo deseaba conocerlas! Allí en el saloncito exótico, en mis horas de tristeza buscaba consuelo en las grullas de los biombos, en las cigüeñas rosadas apoyadas siempre en una pata, bajo los cerezos en flor, en las delicadas geishas... Pero aquella expresión del Dios chino con su eterna sonrisa bestial, y la mirada malvada de sus ojos oblicuos me producían gran malestar.

En las noches de luna iba también a mirar la argentina claridad que se filtraba por los balcones, sobre todos aquellos raros objetos. En una de esas noches—sintiendo honda tristeza fuí—con un libro de Loti, a encerrarme allá. Y me puse a

soñar con los ojos abiertos, sumida en letargo muy suave, como si tuviera alas que me suspendieran. Como una música lejana oí su voz querida; en mi frente sentí el roce de seda que me pareció el de sus labios... La felicidad asomaba a mi boca en la flor de una sonrisa! Qué dulce cuando se sueñan cosas bellas, y yo soñaba que Él me amaba!

Lentamente, abrí los ojos que el sueño había entornado, y mi mirada tropezó con la del ídolo que desde lo alto de su pagoda de oro me lanzaba su risa malvada, su horrible risa que parecía decirme:—Sonías que era tuyo, y es mentira... no te amaré nunca, y yo me río de tu dolor!

No sé lo que pasó por mí en ese momento: me levanté furiosa, de un tirón lo arranqué de su trono de oro donde había sido el amo tanto tiempo, recibiendo el incienso de los pebeteros y el aroma de las flores, y abriendo el balcón lo lancé con fuerza al jardín. Oh, la inmensa alegría cuando lo vi estrellarse en la arenada calle, que la luna hacía blanca, cuando vi convertirse en polvo la simiesca sonrisa que me hizo tanto daño. Al mirarlo vencido, desde arriba, lo humillé con mi sonrisa de triunfo!

LVS \*

\* Seudónimo de la gentil Josefina Lydia Forster cuyos artículos han gozado siempre de la estima de quienes saben leer.